

VIOLENCIA AL CUERPO EN LA ADOLESCENCIA. NARCISISMO E HIPERMODERNIDAD: UNA MIRADA DESDE EL PSICOANÁLISIS

VIOLENCE AGAINST THE BODY IN ADOLESCENCE. NARCISISM AND HYPERMODERNITY AGE: A PSYCHOANALYTIC POINT OF VIEW

Recibido: 12 de noviembre de 2011/Aceptado: 13 de febrero de 2012

MARIO OROZCO GUZMÁN*
ALFREDO EMILIO HUERTA ARELLANO**
HADA SORIA ESCALANTE***

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - México

Key words:

Hypermodernity age, Narcissism, Body, Savoir faire, Self-taking care.

Palabras clave:

Hipermodernidad, Narcisismo, Cuerpo, Savoir faire, Cuidado de sí.

Abstract

Hypermodernity is considered as a time of insecurity and emptiness. Against these conditions, some teenagers have relationships of certainty and fullness with their bodies, relationships marked by violence. The teenager subject pretends to create through his will of power over his body, measures such as his narcissism: illusion of immortality, omnipotence frenzy, as well as desire for greater perfection. In this paper, three teenagers testify their motives for bloodily "marking" their bodies. They cut them to register episodes that have also cut traumatically their histories. This folding movement in the teenager, who sacrifices portions of body, correlates with a cultural and critical dimension from Foucault's about self-take care notion.

Resumen

La hipermodernidad es concebida como una época de inseguridad y vacío. Contra estas condiciones, algunos adolescentes emprenden relaciones de certidumbre y plenitud con el cuerpo, relaciones marcadas por la violencia. Mediante la voluntad de poder sobre su cuerpo, el sujeto adolescente intenta crear medidas de blindaje para su narcisismo: ilusión de inmortalidad, frenesí de omnipotencia y certeza, así como un anhelo vehemente de perfección. En este artículo de reflexión, tres adolescentes testimonian sus motivaciones para "marcar" cruentamente sus cuerpos. Los cortan para inscribir episodios que han afectado traumáticamente sus historias. Este movimiento de repliegue en el adolescente, que sacrifica porciones de su cuerpo, se correlaciona con una forma de crítica cultural desde las puntualizaciones de Foucault sobre el Cuidado de sí.

* Profesor investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - México. Email: orguzmo@yahoo.com.mx

** Profesor investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - México. Email: aehuertaa@yahoo.com

*** Profesora de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - México.

INTRODUCCIÓN

El presente texto es un cruce de dos investigaciones en vías de conclusión. Una relativa a lo que se estableció como “locuras del cuerpo”, para dar cuenta de formas de relación con el cuerpo en que el Yo, supuesto centro de la autonomía subjetiva, se empeña en una intransigente voluntad de dominio que violenta su cuerpo. El proyecto se denomina: “Ejes de subversión: del movimiento social a las locuras del cuerpo”, el cual fue evaluado, aprobado y respaldado económicamente por la Coordinación de Investigación Científica de la UMSNH. El otro proceso investigativo lleva por título “Huellas del pasado, marcas en el presente. Una perspectiva psicoanalítica en torno al maltrato corporal”, y constituye la elaboración de una tesis de Maestría en Psicología Clínica (Universidad Autónoma de Querétaro), que profundiza caso por caso en el testimonio de jóvenes que han ejercido sobre su cuerpo escarificaciones sistemáticas. Ambas investigaciones sustentan una manera de pensar la condición de malestar en que se sitúan los adolescentes en contextos donde la incertidumbre se ha vuelto ubicua, específicamente con zozobras laborales, sociales, de seguridad ciudadana y de valoraciones éticas. Este repliegue del adolescente a una especie de lo que Foucault denomina *Cuidado de sí* se contrapesa con un despliegue cruento contra un cuerpo del cual tiene que reasegurarse de manera persistente.

Esta relación con el cuerpo se extrema en posturas sumamente desafiantes. Freud había encarado el desafío histórico ante una medicina que no entendía el sentido de sus síntomas. Él pudo descifrar en dicha histeria el mensaje de los deseos inconscientes. Encontró que los

cuerpos comprometían las historias en estas histerias. Y se adentró en esas historias, en sus relatos, en el doble sentido de sus relatos. El dolor histérico encontró entonces por fin una escucha atenta y crítica. Y en ese marco, los adolescentes que alteran su cuerpo responden a ideales establecidos por fuera de las normas convencionales. Con otras palabras, han creado sus propios ideales o han recreado los ideales de la “vanidad”, que se ciñe a un principio supremo de autodeterminación. Tal vanidad parece correlacionarse con esta cultura del vacío, la cual se satura con imágenes de sorpresa y estupefacción sobre el entorno. Al mostrar y exhibir sus cuerpos alterados, estos jóvenes le apuestan al asombro y, de esta manera, se blindan contra todas las incertidumbres que parecen regular la vida social.

El presente artículo está constituido por tres partes: en el primer apartado, se plasman los testimonios en relación a la escarificación de los cuerpos. La segunda parte da cuenta de una reflexión crítica en torno a la significación de esta posición de violencia como blindaje narcisista. La tercera parte propone una hermenéutica del cuerpo como recurso de poder.

El método de trabajo sigue la propuesta analítica de abordar de manera problematizadora el material del discurso, tal como se despliega en distintos ámbitos de inserción, sea que aparezca en los enunciados de orden teórico o en los que surgen mediante el testimonio de los adolescentes. Recoger los efectos de las palabras, sus conexiones y evocaciones es una tarea que se articula con un momento del quehacer investigativo en que el eje resulta ser la relación de tortura gozosa o de goce torturador con el cuerpo, tal y como se plasma en los diversos discursos.

EL ADOLESCENTE HIPERMODERNO Y EL MALTRATO CORPORAL

La hipermodernidad es una época llena de miedos, goce, experimentación y vacío. Momento desconcertante e inseguro, cargado de sujetos que niegan la existencia de ideales, erigiendo así cada uno su propio ideal, o erigiéndose como su propio ideal. En esta situación, el cuerpo es sometido a todo tipo de experiencias, que deben ser vividas como una especie de imperativo de la época, que puede ser planteado en términos de hacerlo todo, todo el tiempo y en exceso. Y este recae sobre el cuerpo, el cual está obligado a soportar maltratos. La *Hipermodernidad*, término acuñado por Lipovetsky (2002), hace referencia justamente a lo “hiper”, esto es, al exceso y a lo que no tiene ya límites.

Nos encontramos ante el aumento de cuerpos modificados, y en el caso del adolescente, de cuerpos “subjétivamente” modificados. Los maltratos corporales ya no son censurados, y este hecho facilita su exposición y multiplicación. El adolescente corta su cuerpo, lo quema, le provoca alteraciones que a la larga parten del inconsciente. Sobre la superficie dérmica, el joven reinscribe huellas de su pasado, abriendo nuevos vacíos, haciendo nuevas marcas. La sociedad denota vacío mientras el sujeto demanda escucha. El cuerpo deviene así superficie narrativa.

El adolescente hipermoderno está inmerso entonces en una época con la que comparte algunas características. Ahora bien, el psicoanálisis ha definido la adolescencia como “un momento de cambio: búsqueda de la identidad, tendencia grupal, fantaseo, contradicciones,

primacía de la acción” (Knobel, 2009, p. 44). Es la etapa de la forzada re-asunción corporal y de la falta de acción sobre su propia vida, de la caída de las figuras idealizadas y del rechazo a toda autoridad, así como el de la falta de pertenencia a un grupo determinado. El adolescente no es niño ni es adulto, reniega de su pasado y a la vez es incapaz de asumirse como sujeto de su propia vida, pues la sociedad se lo impide.

Retomando, por otro lado, a Lipovetsky (2001), “estamos regidos por un vacío que no comporta ni tragedia ni apocalipsis” (p. 10). Tener un cuerpo diferente es posible. El pasado se condena y, sin embargo, hay nula esperanza para el futuro en un panorama desalentador. Es, además, la época de la eterna adolescencia. “En la hipermodernidad todo es como si viera la luz una nueva prioridad: la de ser perpetuamente joven” (Lipovetsky, 2006, p. 84). Lo que queda es el cuerpo, colocado como superficie de reclamo pulsional y retorno del pasado, del imperativo de vacío y dominio. El cuerpo es lo único con lo cual el sujeto actúa en la época del actuar, delatando la falta de límites y la denegación de la castración.

Debido al vacío de la hipermodernidad, el sujeto crea nuevos vacíos sobre su cuerpo y, por medio de cortes en él, intenta elaborar aquello que se le ha escapado. Se trata de un des-enlace de los elementos que constituyen su historia y la posición de maltrato a un cuerpo que, colocado como campo de batalla de elaboraciones subjetivas, es sentido como bien propio, un bien que se trata mal. El individuo intenta dominar lo más íntimo y frágil que lo constituye: su deseo y su cuerpo. Pero es imposible dominar un cuerpo y una vida que ya se han enlazado a lo pulsional. Se embarca en la tarea perdida

del dominio de sí, exponiendo las marcas de la imposibilidad.

Por eso, en este trabajo, los testimonios de tres adolescentes que someten sus cuerpos a diversos maltratos, tratando de tejer así elementos a su historia, dan cuenta de los intentos de subjetivación hipermodernos¹. El sujeto hipermoderno actúa, marca sobre sí lo que en su vida lo ha marcado previamente.

“Litzzy”, de 17 años, corta las partes de su cuerpo que ya habían sido cortadas por otros. En su discurso denota una postura de intento de dominio por aquello que pertenece al otro. Aprehender el hecho traumático que le ha cortado las piernas –el abuso sexual que vivió por parte de un pariente–, que las ha desprendido de su propiedad, indica que con cada corte lo que ella busca es reapropiarse de sus extremidades perdidas. “Lo de cortarme las piernas... me estaba bañando y las vi, las de mi tío. Me las corté”. En realidad, no es ella quien corta sus piernas por primera vez, pues estas ya no le pertenecen. Sentir el dolor es sentir que sus piernas están ahí, que no se han ido. Que ya no sea el otro el dueño del maltrato, sino ella misma. Como menciona Nasio (2005), “la acumulación progresiva de dolores crea tal estado de tensión que la menor chispa de un acontecimiento anodino basta para liberar el dolor hasta ese momento contenido” (p. 140). Su cuerpo ha sido el receptor de un dolor que reaparece cortándola.

El acto antecede a la palabra en estos adolescentes. El joven no tiene control de nada (más que de su cuerpo), y dado que las figuras de autoridad están ausentes, los adolescentes se asumen a sí mismos como autoridad, idealizándose a sí mismos.

Erick, de 21 años, se asume como “maduro”. El trato que da a su cuerpo, sin embargo, delata una búsqueda de límites, aquella que la sociedad ya no otorga a los adolescentes. Padece de múltiples lesiones. “Me lesioné varias veces. Todo fue por andar con un grupo militarizado. Si olvidaba algo me ponían castigos, ejercicios físicos. Siempre nos dijeron que cuando el cuerpo ya no puede, aún se puede aguantar”, dice. En su caso, es deber del cuerpo aguantar los maltratos más allá de sus límites, o bien, tratando de encontrar esos límites, pues “siempre se puede aguantar más”. Esta postura de poderío ilimitado sobrepasa incluso su cuerpo: “Siento la energía de las personas. A veces hasta viéndolas de lejos lo primero es la energía que siento, si me da confianza o no...”. Puede hacerlo todo, más allá de los límites carnales.

Dolto (2004) se refiere a los adolescentes “retrasados”: “Estudiantes prolongados que viven en casa de sus padres mucho más allá de su mayoría de edad” (p. 17). Dentro de este grupo se encuentra “Lacri”, de 26 años, quien ha encontrado en su cuerpo el lienzo de la insatisfacción que su vida representa, el dolor por el deseo insatisfecho que pugna por emerger con urgencia. En su carne quemada se delatan “las quemadas”, las infidelidades que comete en su matrimonio. Por otro lado, “las cortadas” reimprimen un accidente que deformara de por vida a su hermana. Las partes de su cuerpo, “mar-

1. Los tres testimonios, que corresponden a Litzzy, Lacri y Erick, forman parte de la tesis de Maestría inédita de la autora, Soria, Hada. *Huellas del pasado, marcas en el presente. Una perspectiva psicoanalítica en torno al maltrato corporal*. UAQ, 2011.

“cadas” por el ejercicio extremo que realiza, hacen eco de su postura de dominio y superioridad que ella ostenta sobre sí misma y los otros. Incapaz de llevar a cabo su deseo y abandonar lo detestable de su vida, sacrifica a su cuerpo denunciando que también sacrifica su felicidad.

En consecuencia, el cuerpo es el nuevo diario del adolescente, en el que escribe los acontecimientos significativos de la vida que desea conservar, y cada vez que se lea ese signo también se rememore el evento que hizo huella. Todo maltrato que el sujeto se inflige a sí mismo es testimonio carnal de lo que su inconsciente ha ido confeccionando. El sujeto de la hipermodernidad se sitúa como individuo, desconociendo el papel de los otros. Así es como el maltrato corporal adquiere un nuevo sentido, en una época en la cual todo es asequible pero nada es aprehensible.

BLINDAJES DEL NARCISISMO EN LA HIPERMODERNIDAD. CUERPO Y VIOLENCIA

En México, los jóvenes aprueban las soluciones violentas. Según una nota de Olivares en el diario *La Jornada* del 25 de agosto de 2011 (p. 5), la mayoría de las adolescentes entre 15 y 19 años está de acuerdo en que las fuerzas de seguridad maten a integrantes de la delincuencia organizada antes que detenerlos, como también en que se los torture para obtener información. ¿Qué nos dice esta revelación periodística?

Los adolescentes apuestan por medidas radicales y la violencia tiene relación con la manera en que intentan resolver sus conflictos. No todos piensan igual, pero muchos de ellos buscan zanjar sus dificultades en el cuer-

po, y esto nos hace pensar en cierta posición de carácter que se ha ido definiendo como una manera de situarse en la vida. Es una posición de aparente inmutabilidad ante los cambios que han gobernado su cuerpo y su ámbito de vínculos intersubjetivos. Esta posición resulta ser tan dura que no parece ser afectada por los procesos de transformación. Justamente a eso se le denominó *carácter* y Reich (1975) lo concibió como coraza, al ser “un mecanismo de protección que se ha hecho crónico” (p. 159). Producto de época de guerra, de época de amenazas, de alguien que vive amenazado por dentro y por fuera y por eso ataca. Por este motivo, Lacan (1953/2009) designa al carácter como “armas parlantes”.

Aunque la educación puede muy poco o nada ante la coraza caracterológica, tiene el reto de forjar civilización. En un texto denominado *El triunfo de la Religión*, Lacan dice que “una cierta educación es necesaria para que los hombres lleguen a soportarse entre ellos”² (Lacan, 1974/2005). No se sabe en qué medida lo conseguimos, pues la experiencia que tenemos en la civilización es más bien el cultivo y la acentuación de la intolerancia. Lo que no toleramos, lo soportamos y lo sobrellevamos en nuestro cuerpo. Por eso Lacan señala que lo que soporta el cuerpo es “la línea de la consistencia”³ y que posee para nosotros el aspecto de ser “lo que resiste, lo que consiste, antes de disolverse”⁴ (Lacan, 1975). El cuerpo es soporte de resistencia antes de y ante su inminente descomposición real. Freud descubrió el inconsciente en el cuerpo de las histéricas, en ese cuerpo que le decía

2. “il faut en effet une certaine éducation pour que les hommes parviennent à se supporter entre eux”.

3. “la ligne de la consistance”.

4. “ce qui résiste, ce qui consiste avant de se dissoudre”.

algo a través de una narrativa matizada de juegos de lenguaje. Los deseos que no toleraban –lo que se denominaba “unverträgliche Vorstellung” (Freud, 1894/1999, p. 63), representación intratable– se convertían en carne de dolor, se hacían consistir en contractura, inhibición o parálisis. Forzamos con violencia la intolerancia: esta se soporta tan mal que se aproxima a la devastación del otro, o del cuerpo propio.

Dicho lo anterior, para entender la dialéctica de cambio y permanencia en que se inscribe la adolescencia, proponemos esta frase de Roudinesco (2005): “Las técnicas cambian como las costumbres, los usos y las culturas, pero el amor, la pasión, el deseo, la locura, la muerte, la angustia y el crimen son inmutables” (p. 180). Afectos, padecimientos y actos fundamentales como el crimen, decisivos e incisivos siempre, duros de educar. Las técnicas y las tecnologías están para cambiar, y para hacer cambiar, costumbres y culturas. Y, por supuesto, en nuestra época, las tecnologías también se ponen al servicio de una cultura narcisista que se erige sobre tres postulados permanentes:

- a) Una ilusión de inmortalidad.
- b) Un frenesí de omnipotencia y certeza.
- c) Un anhelo vehemente de perfección.

Estos postulados atraviesan sin duda el discurso de adolescentes, como lo demuestra la anorexia. En su repliegue subjetivo, la anoréxica se exige sacrificios extenuantes constantes. Destinados a una diosa propia, llamada Ana: “mi diosa todopoderosa que me ayudará a ser cada vez más perfecta” (Latini, 2010, p. 148). La palabra que mejor define el carácter fijo e inmutable de

la anorexia es la de perfección, la cual puede estar encarnada en alguien que modela una imagen de plenitud. En el caso de Cielo Latini, el modelo de plenitud se localiza en su amante, del cual ella advierte que “era todo aquello que yo necesitaba: comprensión y sustento. Era perfecto” (Latini, 2010, p. 51). Con este otro perfecto, que representa todo lo que puede cubrir sus carencias intentaba blindar su narcisismo maltrecho.

En un trabajo muy reciente, Hélène Godefroy (2011) afirma que la civilización, que no deja nunca de pensar, dirige un escenario donde el sujeto aparece borrado por la ciencia y “hoy obliga a pensar menos por el verbo que por el cuerpo”⁵ (p. 197). Podríamos también aseverar que obliga a pensar más por sus actos que por sus palabras. El epígrafe de la modernidad se sustentaba en el enunciado de Nietzsche (1881-82/1982) acerca de la muerte de Dios. Un personaje de la obra de Dostoyevski (1998) *Los Hermanos Karamazov*, escrita entre 1878-80, es Juan Karamazov, quien establece el paradigma de la ambición moderna: “como Dios y la inmortalidad no existen, le es lícito al hombre nuevo convertirse en hombre-dios” (p. 406). No es posible dejar vacío ese lugar de ser-inmortal divino. Se lo reedita bajo la presencia de un Yo que encuentra en la ciencia, en las tecnologías, el respaldo para creer que está en sus manos un poder creacionista o de reparación transformacional.

El anhelo creacionista es planteado por Julia Kristeva (1996) en la perspectiva de una manía del nihilista: “El Creador ha muerto, yo lo reemplazo” (p. 99). Si Dios está muerto es la ciencia la que se puede divinizar

5. “oblige, aujourd’hui, à penser moins par le verbe que par le corps”.

o la que nos puede divinizar en el marco de un supuesto progreso. Pero la ciencia no puede blindarnos completamente ante las incertidumbres del devenir. No puede brindarnos todas las certezas. Si bien es cierto que responde al ideal moderno del “hombre bien informado” (Wilde, 1999, p. 9), como arguye Lord Henry en *El retrato de Dorian Gray*, no por eso nos provee de sistemas de prevención perfectos.

El ideal de este narcisismo blindado se inscribe en la figura emblemática, ya no del padre sino del hijo y está depositado en la figura de lo que Freud llamaba Su Majestad el Bebé⁶:

...las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño (Freud, 1914/2000, p. 88).

¿Qué es el Yo hipermoderno? Un niño que hace las veces de padre omnipotente. Un Niño Dios dictador. Es decir, alguien que pretende dictar, imponer sus propias leyes, las leyes de su voluntad de goce (Lacan, 1963/2009, p. 758), a la naturaleza y a la sociedad. Este niño dictador no solo es capaz de crear y dictar leyes a la

naturaleza y la sociedad, sino de crear naturalezas y sociedades propias, a menudo con el respaldo de la ciencia y la tecnología.

El Yo hipermoderno está divinizado, pero para sostenerse se tiene que valer de un conjunto de técnicas y dispositivos científicos. El dominio del cuerpo es una extensión del afán moderno de someter a la naturaleza, pero también de alterarla y subvertirla. La violencia que se ejerce ahora contra el cuerpo no tiene nada de místico (Gélis, 2005), pero sí posee mucho de la postura totalitaria en que se instala el adolescente, pues “recusa toda experiencia que no sea la suya” (Hofstein, 2006, p. 111). No se trata de complacer a Dios, sino a este Yo Ideal que ha reemplazado al creador muerto. Pero es tan cruel, tan tirano en sus exigencias, que nos recuerda al Dios virulento y vengativo del pueblo de Israel. Bajo esa voluntad de dominio, el cuerpo, como la naturaleza, ha sido devastado, o diría Nasio (2006) estallado. Hombres y mujeres jóvenes se obstinan en tallar su cuerpo hasta hacerlo una indiscutible re-creación suya. Piercings, tatuajes, injertos, escarificaciones, hablan de este cuerpo recreado de modo violento.

La impotencia de las neurosis se vuelca en potencia feroz contra el cuerpo en el caso de estos jóvenes, que un psicoanalista llamado Jean-Jacques Rassial (2001) denomina de estados límite. En medio de las condiciones de inseguridad que imperan en nuestra sociedad, los adolescentes se creen seguros de algo: de que ellos pueden transformar su cuerpo a la medida de su vanidad (Freud, 1921/2000). Porque esta parece ser la pasión propia de la época: Modelar, alterar el cuerpo solo por vanidad. Ahora nadie tiene por qué aguantar tener

6. His majesty the Baby.

un cuerpo que no lo complace. No es indispensable la resignación, al contrario, actualmente más bien es posible la reasignación en lugar de la resignación. Si no se soporta un cuerpo de hombre, por ejemplo, se puede reasignar el género a través de la cirugía. En este sentido, la psicoanalista Piera Aulagnier (2007) ha planteado que el cuerpo propio se presenta al sujeto como su primer bien propio, su primera propiedad personal y ética. Ese es ante todo el cuerpo-placentero, en cambio el cuerpo-sufrimiento se le aparece como su primer mal. El gran reto de todo sistema científico consiste en que en nuestro cuerpo impere el Bien-estar sobre el Mal-estar.

Lo real no cambia, la realidad sí, recalca Nasio (2006). Y la realidad corporal es la que este ser de vanidad pretende hacer acorde con su voluntad de dominio. Porque lo real del cuerpo como tal es inmutable. Es el lenguaje el que puede trastocar para la subjetividad el estatuto real de los órganos del cuerpo. Como lo advierte Nasio (2008) de manera dialéctica, al postular la dimensión simbólica del cuerpo: “cuando el cuerpo es la suprema metáfora de la vida e, inversamente, la fuente inspiradora de miles de metáforas del lenguaje humano” (p. 157). Pero en el caso del transexual, como lo sugiere Lacan, este forzamiento se objetiva sin deslizamiento simbólico a nivel de lo real a través de la cirugía. Es una apuesta pasional para forzar “el discurso sexual que, en tanto imposible, es el pasaje de lo real”⁷ (Lacan, 1971). En lo que concierne al tatuaje, se advierte el pasaje a lo real en la apuesta por convertir la superficie del cuerpo en una especie de palimpsesto donde se pretende borrar de manera creacionista las huellas de la piel original, sur-

cada por el deseo del Otro. Al sobreimprimir en esa piel, en ese cuerpo como protoimagen (Nasio, 2008, p. 68), intentando que no quede espacio-signo de las huellas del Otro, este no hace sino perpetuarse o reescribirse.

En la época de decadencia de la autoridad paterna, el adolescente se obstina en injertarla en su cuerpo, pero como figura agresiva. Afirma Hélène Godefroy (2011) que el padre que se incrusta en la carne, a flor de piel, con las escoriaciones, tatuajes, injertos, implantes, es el padre tiránico de la horda primitiva. De este modo, el cuerpo tatuado, sometido a implantes y extensiones, parece constituirse en una verdadera obra de arte, en una obra que blindo al yo y que brinda orgullo al yo: “El objeto de la creación, narcisistamente investido, sirve como objeto de proyección, a despecho de que su creador, al tiempo que afirma con vigor su paternidad, niega con no menor energía que ese producto sea el reflejo de su vida” (Green, 1999, p. 50).

Frente a la actitud desafiante que adoptan estos jóvenes intolerantes, enfermos del narcisismo de las pequeñas diferencias, el reto es atraerlos hacia la conversación y el diálogo, hacia la escritura y la lectura, que siempre convocan lo diversificado del discurso y del pensamiento. El desafío sigue siendo convocarlos hacia lo que Heidegger (1974) llamaba un estado de abierto inherente al *Dasein*.

CUERPO COMO LUGAR DE RESISTENCIA

Michel Foucault observa un problema en la forma de iniciación o pederástica en la educación en Atenas (a diferencia por ejemplo de Esparta o Persia):

7. “le discours sexual qui, en tant qu’impossible, est le passage du réel”.

En Atenas el amor por los varones jóvenes no es capaz de honrar la misión formativa susceptible de justificarlo y fundarlo [Alcibiades es abandonado por sus amantes apenas ha llegado a la madurez]. Los adultos, los hombres, persiguen a los jóvenes mientras estos gozan del esplendor de su juventud. Pero da la casualidad que los abandonan en la edad crítica en que, precisamente, salidos ya de la infancia y tras haber escapado a la conducción, a las lecciones de los maestros de escuela, necesitarían una guía para formarse en otra cosa, esa cosa nueva para la cual su maestro no los preparó en absoluto: “el ejercicio de la política” (Foucault, 1982/2002, p. 56).

En palabras de Foucault, se cometía aquí una “doble falta pedagógica” que provoca una verdadera necesidad; pedagógica debe entenderse entonces en sus vertientes escolar y amorosa.

La pregunta por los jóvenes y su lugar en la superficie política de la cultura era ya una preocupación en la antigüedad, sí; ¿pero cuál es el estatuto del problema en la actualidad? Hay también un abandono por parte de aquellos que deberían funcionar como guías de los jóvenes en una edad tan crítica. Como política debe entenderse no solo el acto de gobernar sino el de ser gobernado; hete aquí entonces que Sócrates reclama a los ciudadanos de Atenas el abandono de la juventud en aquello que debe ocupar más su atención, el ejercicio político. ¿Debemos entonces definir ese abandono como aquello que genera ese vacío que el “adolescente hipermoderno” encuentra? Incluso podríamos invertir la cuestión: el límite que se marca como una huella en

la experiencia de los cortes que se realizan los adolescentes sobre el cuerpo no puede ser entendido como un fenómeno individualizado-generalizado o como un fenómeno social de escala individual (aun como “conflictos inconscientes”). Se trata de pensar esa experiencia con los otros y con nosotros mismos. De lo contrario, estaríamos creando personajes, monstruos morales que en su distancia con respecto a nosotros, tienen la finalidad de preocuparnos, pero también de tranquilizarnos. Es que al final de cuentas no es uno quien se corta, diríamos un poco con alivio.

Pero sí, esa forma de proceder hace que uno se corte, que se aparte de la escena o desaparezca. La pregunta por los otros y los jóvenes abre la dimensión no solo educativa, sino también amorosa. Y si definimos a la sexualidad como la forma que el niño tiene para relacionarse con los objetos del mundo, nos acercamos a pensar al síntoma no como un desorden simbólico sino como un saber hacer con el cuerpo. La sexualidad, como la explicó Freud, articula al síntoma como un saber hacer con el cuerpo, da al síntoma algo más que el valor de un signo a descifrar, le otorga todo su carácter sexual. Foucault va a volver a la pregunta: ¿Pero entonces qué es ocuparse de sí mismo; qué es ese sí mismo; qué es la inquietud de sí o qué forma ha de tener esta? Es preciso que la inquietud revele la técnica, el *savoir faire* que en un momento dado permitirá al sujeto el buen gobierno de sí y de los otros.

Se trata de responder un interrogante: “hay que dar de sí mismo y de la inquietud de sí una definición tal que de ella pueda derivarse el saber necesario para gobernar a los demás” (Foucault, 1982/2002, p. 65). El

heauton [sí mismo], en la lectura de Foucault no debe referirse a la naturaleza de la composición de ese sí mismo, sino a la reflexividad del pronombre *heauton*, Foucault lo dice de la siguiente manera:

No, entonces: “¿Qué clase de animal eres, cuál es tu naturaleza, cómo estás compuesto?” sino: “¿Qué es ese elemento que es igual del lado del sujeto y del lado del objeto?” Es necesario que te ocupes de ti mismo; eres tú quien se ocupa, y además te ocupas de algo que es lo mismo que tú, lo mismo que el sujeto que se ocupa de ti mismo como objeto. Por otra parte el texto [Foucault sigue comentando *El Alcibíades*] lo dice con mucha claridad: hay que saber que es ese auto to auto. ¿Qué es ese elemento, idéntico, que en cierto modo está presente de uno a otro extremo de la inquietud de sí; sujeto de la inquietud, objeto de la inquietud? ¿Qué es eso? (Foucault, 1982/2002, p. 67).

Se trata de una cuestión sobre el método “del significado de lo que designa la forma reflexiva del verbo *ocuparse de sí*. Se trata de una “interrogación metodológica acerca del significado de lo que designa la forma reflexiva del verbo *ocuparse de sí*.”

No se trata de diseccionar al individuo, sino de preguntarnos ¿qué somos nosotros? Pero entonces, la experiencia de la antigüedad nos señala el abandono del joven en materia de la política al interior de la ciudad. Foucault, por su parte, dio más de una lección sobre cuál sería nuestra función con respecto a la pregunta de la acción política. Y es que el ejercicio del psicoanálisis es también político en tanto que las formas de proceder de sus participantes van a decidirse en la relación de transferencia (hay ahí una ética); las intervenciones del analista no son inocuas, generan modificaciones ra-

dicales en cómo el sujeto se relaciona consigo mismo y con los otros: sexo y política están más cerca de lo que se suele imaginar. Pero, ¿qué es actuar políticamente?, ¿cómo se mueven el intelectual y el analista en este paisaje modificado por la experiencia de la antigüedad y por el rescate de esta en el trabajo no solo de Foucault sino también de otros? Keith Gandall, a quien cita David Halperin en *Intellectual Work and Politics* (2000), escribe sobre la actitud y prácticas políticas de Foucault:

Foucault desarrolló un nuevo rol político para el intelectual y una nueva clase de militancia política cuya forma provenía del análisis histórico. A menudo se había pensado que su nihilismo era, antes que nada, su idea de que articular un conjunto de valores que inhibe la acción política y ética y, luego, su comprensión de que la resistencia no puede situarse como una oposición para el poder, sino que la lucha y el cambio siempre ocurren a través de la cooptación, que el cambio solo es posible por cooptación ya que, en ese proceso, al asimilar la resistencia, los términos del poder cambian... Él quería establecer una militancia que estuviera basada en consideraciones tácticas y prácticas éticas (incluyendo una práctica de reforma que no dependiera del reformador experto) más que en la enumeración de valores o la propuesta de políticas sociales. A él le preocupaba mucho los efectos de su pensamiento y su actividad política... Se metía en luchas donde la situación era intolerable, pero también donde era posible una transformación de las relaciones de poder. Foucault desafiaba a la militancia intelectual cuyo reclamo por una política progresista necesitaba, en lugar de una visión de lo que debería ser, un sentido de lo que es intolerable y un análisis histórico que ayudara a determinar estrategias posibles en las luchas políticas... Si Foucault guardaba silencio en

temas como soluciones y principios, era porque estaba actuando ética y estratégicamente y porque creía que formular principios generaría una ética de participación “popular”. Él quería promover e inspirar una práctica de crítica que se ejecutara, no con conocimientos técnicos, teóricos o científicos, sino con conocimientos de “menor categoría” (p. 77).

Foucault encontró estos conocimientos de “menor categoría” en sus trabajos sobre las técnicas de sí en la antigüedad. También es necesario preguntarnos si no son estos conocimientos de menor categoría aquellos que permiten que un psicoanálisis se efectúe. La formación de los jóvenes es entonces un problema político, del interior de la polis, en donde no solo habitan los jóvenes. Lacan, lo mismo que Foucault, inquiere acerca de este *saber hacer*. Lo hace por la vía del conocer: “Entonces, ¿qué quiere decir *conocer*? Conocer su síntoma quiere decir saber hacer con, saber desembrollarlo, manipularlo... Saber hacer allí con su síntoma: es el fin del análisis” (Lacan, 1976-1977).

¿No podríamos formular, en consecuencia, el planteamiento de que los sacrificios corporales de los adolescentes representarían un modo de saber hacer política haciendo política de cuerpo? En tal caso, la práctica política se ejercería de manera sumamente crítica sobre un cuerpo que no se acomoda a su vanidad narcisista.

REFERENCIAS

- Aulagnier, P. (2007). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- Dolto, F. (2004). *La causa de los adolescentes*. Barcelona: Paidós.
- Dostoievski, F. (1998). *Los Hermanos Karamazov*. México: Porrúa.
- Foucault, M. (1982/2002). *La hermenéutica del sujeto*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica
- Freud, S. (1894/1999). *Die Abwehr-Neuropsychosen. Versuch einer psychologischen Theorie der akquirierten Hysterie, vieler Phobien und Zwangsvorstellungen und gewisser halluzinatorischer Psychosen*. En: Sigmund Freud *Gesammelte Werke*, I. Frankfurt am Main: Fischer.
- Freud, S. (1905/2000). Tres ensayos de teoría sexual. En: *Obras Completas*, VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/2000). Introducción del narcisismo. En: *Obras Completas*, XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/2000). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras Completas*, XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gélis, J. (2005). *Le Corps, L'Église et Le Sacré*. En: *Histoire du Corps*, 1. Paris: Seuil.
- Green, A. (1999). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Godefroy, H. (2011). *Le corps symptôme de l'adolescence. Figures de la psychanalyse. Logos&Anankè. Direction de la cure*. France: Érès.
- Halperin, D. (2000). *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Argentina: Ed. Cuadernos de Litoral.

- Heidegger, M. (1974). *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Hofstein, F. (2006). *El amor del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Knobel, M. (2009). El síndrome de la adolescencia normal. En: Aberastury, A. *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Barcelona: Paidós.
- Kristeva, J. (1996) *Al comienzo era el amor. Psicoanálisis y fe*. Barcelona: Gedisa.
- Lacan, J. (1953/2009). *Escritos I*. México: S. XXI.
- Lacan, J. (1963/2006). Kant con Sade. En: *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1971). ...*Ou pire. Le savoir du psychanalyste*. Leçon 8 décembre. Recuperado el 20 de octubre de 2010 de <http://staferla.free.fr/S19/S19.htm>
- Lacan, J. (1974). R.S.I. Leçon du 17 décembre. Recuperado el 20 de octubre de 2010 de <http://staferla.free.fr/S22/S22.htm>
- Lacan, J. (1975). R.S.I. Leçon du 18 février. Recuperado el 20 de octubre de 2010 de <http://staferla.free.fr/S22/S22.htm>
- Lacan, J. (1976-1977). L'insu que sait de l'un-bévue s'aile à mourre. Leçon 14 décembre. Recuperado el 20 de octubre de 2010 de <http://staferla.free.fr/S24/S24.htm>
- Latini, C. (2010). *Abzurdah. La perturbadora historia de una adolescente*. México: Planeta.
- Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Nasio, J. D. (2005). *El libro del dolor y del amor*. Barcelona: Gedisa.
- Nasio, J. D. (2006). *Los gritos del cuerpo. Psicósomática*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J. D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Nietzsche, F. (1892/1982). *Die fröhliche Wissenschaft*. Frankfurt am Main und Leipzig: Insel Verlag.
- Olivares, E. (2011, 25 de agosto). Jóvenes aprueban tortura y hasta pena de muerte contra delincuentes. *La Jornada*.
- Rassial, J. J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Reich, W. (1975). *Análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós.
- Roudinesco, E. (2005). *La familia en desorden*. México: FCE.
- Wilde, Ó. (1999). *El retrato de Dorian Gray*. México: Porrúa.